

ALLÍ DONDE EL SILENCIO
Federico Abad

EXTRACTOS

COMIENZO DEL CAPÍTULO 1

Como si de la Gradiva de Jensen se tratara, la etérea silueta de aquella mujer, recortada entre los contraluces del templo faraónico de Karnak, captó por completo mi interés desde el preciso instante en que las desmesuradas columnas de la sala hipóstila permitieron que entrara en mi ángulo de visión. Lo que vino a suceder a partir de entonces no sería ajeno en ningún sentido a aquel breve encuentro; de hecho, aún me invade cierto estupor al considerar cuan remoto y antiguo fue el escenario elegido por el destino para colocarme frente a la sórdida realidad de un pasado, sin embargo, demasiado próximo en tiempo y lugar. Y ahora, cuando lo observo y lo comprendo en toda su extensión, siento retumbar dentro de mi cabeza los gritos de quienes vivieron bajo el horror del silencio.

FINAL DE LA PRIMERA VISITA DEL NARRADOR A EUGENIO

—¿Sabía tu alumna dónde vivía el pintor?

—Lo sabía el pueblo entero, joder. Los lugareños hablarían poco, pero no se les escapaba nada. Total, que la niña no se lo pensó dos veces y salió corriendo. Y conforme se perdió tras la esquina, el pintor soltó la paleta y el pincel y se fue a toda prisa en dirección contraria. ¿Y a dónde crees que fue, eh?

—A casa de la abuela. —¿Por qué le seguía el juego? ¿No era obvio, a esas alturas, que lo que me contaba se parecía demasiado a algo demasiado conocido?

—¡Acertaste, premio extra! —Se llevó la copa a los labios pero estaba vacía. Tomó la botella y al volcarla recordó que no quedaba nada. La lanzó contra la chimenea y se hizo trizas— ¡Tranquilo, ya la recogeré más tarde! ¿Y sabes lo que dijeron los picoletos? ¡Que mi amigo asesinó a la vieja de dos tiros en el corazón para robar sus joyas, y que luego esperó con toda la frialdad del mundo la llegada de la niña para violarla salvajemente!

—Eugenio, por favor, ya vale.

—No, no vale. Todavía no he terminado. Porque entonces, fíjate tú que casualidad, entró fray Venancio, el cura del pueblo, que de vez en cuando se acercaba a visitar a la pobre mujer para darle la comunión. ¡Y en el forcejeo que mantuvo con Wolfgang consiguió arrebatarse el arma y..., y le voló la tapa de los sesos! —Se llevó las manos a la cara, exhaló un largo gemido y rompió a llorar con desesperación.

—¡Estás loco! —le grité— ¡Estás completamente loco! Me has hecho venir hasta aquí para usarme como espectador de este estúpido psicodrama. Conque Carmencita Garrido, ¿eh? ¿Por qué no la has llamado directamente Caperucita

Roja? —Metí el cuaderno con furia dentro de la cartera y me puse en pie. Él continuaba sollozando, con el rostro hundido entre las manos— Maldito seas, Eugenio, y maldita sea la asquerosa miseria que me trajo hasta tu casa. ¿Por qué no quise ver lo que me iba a pasar cuando respondí a tu llamada? ¡Ahí te pudras con tus macabras fantasías! —Y con paso acelerado, acosado por una insoportable presión en las sienes, salí huyendo por los corredores, abrí la puerta y bajé a trompicones las escaleras buscando el aire fresco de la calle.

FINAL DE LA PRIMERA CONVERSACIÓN DEL NARRADOR CON CARMEN

—De acuerdo. Sin embargo, desearía aclararle antes de nada que no soy biólogo, como le expliqué a su secretaria en la conversación que mantuvimos el pasado martes.

—Ah, ¿no? —De repente sus cejas cambiaron de orientación.

—No, soy historiador.

—¡Historiador! —Su gesto se modificaba cada pocos segundos— ¿Y qué tiene que ver su profesión con la protección de especies?

—En realidad digamos que tiene poco que ver, por no decir nada. Pero si me permite que le explique lo que me trae hasta aquí podrá entenderlo.

—Está bien, adelante —hizo una señal de ofrecimiento con las manos antes de retreparse sobre el respaldo del asiento, poner los codos en los reposabrazos y apoyar la barbilla en los dedos cruzados.

—La cuestión es que estoy investigando unos hechos sucedidos en nuestro país a comienzos de la Transición. Unos hechos, por lo que he podido saber hasta este momento, que causaron la muerte de una persona y que estuvieron a punto de costarle la vida a otra. Estoy refiriéndome solo a aquello de lo que existe una certeza casi absoluta, porque sospecho que aún hubo un par de muertes más relacionadas con el mismo asunto.

—Pero..., vamos a ver —volvió a incorporarse. La expresión de simpatía de su rostro se había perdido por completo—. Lo que me está usted contando no guarda la más mínima relación con esa supuesta entrevista sobre la biodiversidad. Usted me ha engañado, la explicación que le dio a mi secretaria era totalmente falsa.

—Es cierto, no se lo voy a negar. No obstante, si me deja usted continuar tal vez pueda ayudarme a esclarecer tales acontecimientos. Todo hace pensar que poseen una significativa relevancia histórica.

—¿Sabe qué le digo? Que esto no me gusta nada. —Se puso en pie, tomó algunos documentos que estaban desperdigados sobre el escritorio, los apiló juntos— ¿Quiénes eran esas personas que murieron o estuvieron a punto de morir? Su cara no me es desconocida, y no sé si me estoy equivocando o puedo temerme lo peor. Dígame, ¿de quién me habla? —Las facciones se le habían desencajado.

—No creo que se equivoque —sabía que aquello iba a terminar pronto, y tenía que hablar rápido—. El hombre que estuvo a punto de morir, porque casi lo matan sus tíos gemelos, Carmen, no es otro que Eugenio, el profesor de Las Cumbres con quien se encontró en Egipto el verano pasado cuando yo lo acompañaba. Y a Alicia, la novia de Eugenio, que estaba investigando el pasado de sus abuelos, la cosieron a balazos en el setenta y seis unos agentes de la Guardia Civil bajo el pretexto de que era miembro de los GRAPO.

Pero el tiempo se me estaba acabando, porque mientras yo le recordaba aquellos hechos de su pasado, Carmen Garrido había descolgado el teléfono para ordenar a su secretaria que acudiese el vigilante de inmediato. Había que aprovechar los últimos segundos. No quise detenerme.

—Cada día que pasa oigo con más claridad una voz interior asegurándome que la muerte de su abuela y la del pintor guardaban relación con las otras. Usted estuvo allí, Carmen; es imposible que no sepa nada —el vigilante irrumpió en el despacho. Yo quería hablar más y más—. Su información es fundamental para conocer las razones de tanta muerte y tanta violencia. ¡Tiene que ayudarme, por favor!

Carmen había retrocedido hasta el ventanal. Sus ojos estaban despavoridos. La secretaria no se atrevía a cruzar el umbral de la puerta. El guarda jurado se echó mano a la pistolera. Carmen dio un grito.

—¡No, no le hagas nada! No ha intentado atacarme, solo quiero que se marche, ¡ahora mismo! ¡Llévatelo!

Dejarme arrastrar por aquel gorila de uniforme entre familias con niños que habían apurado la visita hasta la hora del cierre no fue una experiencia precisamente agradable. Pero cuando me soltó de un empujón en el parque de la Ciudadela sentí el reconfortante alivio del deber cumplido.

FINAL DE LA PRIMERA VELADA DE CARMEN Y EL NARRADOR EN SEVILLA

Lógicamente la animada tertulia vino acompañada de unas cuantas copas, de modo que nada más pisar la calle resolvimos dejar los coches en el aparcamiento. En el paseo que nos llevó al Altozano, y desde allí, por la calle Castilla, hasta Chapina, la embriaguez no solo no lo impedía, sino que contribuía a percibir la frialdad de la noche invernal, de la luz de las farolas, del silencio que hería nuestros pasos, como la solemne envoltura de una travesía mítica. De Tebas a Triana, mi Gradiva egipcia, la hija del monstruo oculto entre las sombras, la virgen desflorada sobre el charco de sangre de su propia abuela, caminaba en ese momento cogida de mi brazo. El lienzo de la palabra había cedido ante el ciclón de sensaciones que me azotaba. Tanto tiempo aguardando la partida, y ahora, cuando al fin comenzaba el ansiado viaje sin retorno, tal vez faltaban solo unos cuantos minutos para su final. El dolor o la felicidad, la incógnita o la revelación: la respuesta a todo estaba en ella, en su inquietante proximidad.

Llegamos a la puerta del hotel. Se dio la vuelta con aire soñoliento y valoré su atractivo por última vez.

—Bueno —dije para acabar con tan insufrible tribulación—. Ha sido una noche maravillosa. Habrás podido comprobar que no te he acosado con preguntas. ¿Me he portado bien?

—Has demostrado ser un buen chico. Estaba segura de que sería así.

—¿Quizá en otra ocasión...?

—Quizá.

No quería alargar la despedida. Le di un beso en cada mejilla, apreté el dorso de la mano que ella había puesto horas antes sobre la mía y dije

—Gracias.

Me di la vuelta y comencé a caminar sin esperar a que entrara. Cuando había recorrido veinte o treinta metros con un nudo en la garganta sentí su voz a lo lejos. Hablaba fuerte.

—¿Por qué?

Me volví.

—¿Por qué *qué*?

—¿Por qué te vas? Lo has hecho tres veces en menos de ocho horas.

—No es por gusto. Para serte sincero es lo último que quisiera hacer en este mundo.

—Vuelve entonces.

—Cuidado con las bromas. Lo pone aquí delante —y me señalé en el pecho—: “Frágil”.

—Yo también llevo un letrero aquí en mi frente. Dice “Atención al pasado: zona peligrosa”. ¿Se ve desde ahí?

—Un poco borroso, la verdad.

—Es que está en letras pequeñas. Tienes que acercarte.

Cerró los ojos y dejó los brazos abiertos. Corrí hasta ella y la apreté muy fuerte contra mí.

CARMEN Y EL NARRADOR DISCUTEN MIENTRAS TIENE LUGAR LA MANIFESTACIÓN DEL 12 DE MARZO DE 2004 CONTRA EL TERRORISMO

La semioscuridad de la habitación. La lluvia escurriéndose por el cristal de la ventana. Mis calcetines, dos charcos helados. El coro de los gritos cada vez más claros que se elevaban desde las calles. El resplandor fosforescente del televisor contra el semblante endurecido de Carmen. Sus labios contraídos. Y una vez más, en el aparato, el interminable álbum de imágenes de la devastación.

Qué sórdido resultaba todo aquello. Mientras el país entero clamaba contra la barbarie nosotros, encerrados en nuestra torre de marfil, nos dedicábamos a arrojarnos a la cara la podredumbre de la historia más reciente.

Las voces se escuchaban con mayor nitidez aún. Abrí la ventana. El aire frío y húmedo de la noche se coló en la habitación. Allá abajo, casi a mis pies, distinguía ahora la extensa pancarta blanca —“Con las víctimas, con la Constitución, por la derrota del terrorismo”— a la que se le abría paso en medio de la multitud. Resultaba difícil contar las manos que la sujetaban. Apretados unos contra otros iban el príncipe Felipe y las infantas, el presidente Aznar, los expresidentes González y Calvo Sotelo, los candidatos Rajoy y Zapatero, los dirigentes de la UE, los primeros ministros de Francia, Italia y Portugal, nuestro ministro de Interior y el de Exteriores marroquí, los líderes de los partidos nacionalistas y de los sindicatos.

Pese a haber asistido a la manifestación en compañía de los miembros de la Casa Real, José María Aznar no logró evitar que algunos manifestantes lo increpasen con pitidos e insultos. Pero aún le aguardaba lo peor. Al tiempo que

avanzaba la cabecera con las personalidades, el público no cesaba de corear la misma pregunta una y otra vez: “¿Quién ha sido? ¿Quién ha sido? ¿Quién ha sido?” Los gritos resonaban en mi cerebro igual que un eco originado en su interior. La rabia me corroía las entrañas; necesitaba dejarla escapar, entregarme a la aniquilación de lo poco que me unía ya a aquel lugar. Carmen permanecía acurrucada en el sofá. Me volví hacia ella.

—¿No piensas asomarte a ver a tu jefe? —dije comido por la hiel—. ¿Vas a perderte su último momento de gloria? —Pero Carmen permaneció inmutable, con la vista extraviada en el vacío, y ello me empujó a zaherirla más todavía— Qué mal perder tenéis los fascistas de nuevo cuño. Nostálgicos del franquismo, eso es lo que sois, en eso os convertís cuando ensalzáis sus logros económicos, cuando lo justificáis como la venturosa salvación al supuesto caos que hizo inevitable la guerra. Vivís con el sueño imposible del retorno a la vieja dictadura, a la obediencia ciega al jefe. Oír y callar, que nadie alce la voz, que nadie pregunte por qué. ¡Cuidado con salirse del camino marcado! Hay que acatar las reglas, someterse, someterse.

—¡Déjame en paz, no sigas!

[...]

—¿Por qué? ¿No quieres oír la verdad? —estaba de pie frente al sofá. La miraba desafiante desde mi altura—. ¿Te incomoda que te recuerde los miles y miles de hombres y mujeres que fueron torturados, fusilados, abandonados en las cárceles hasta morir por resistirse al sometimiento, por pensar de otro modo, por ser sospechosos sin más? ¿Te desagrada recordar toda la sangre que se derramó para encumbrar al tirano? Era necesario, no había otro remedio. ¿Verdad, Carmen?, ¿verdad que tenía que ser así?

—¡Eres un retorcido miserable! —se incorporó de golpe y me cruzó la cara de una bofetada—. ¿Cómo es posible que haya llegado a quererte, Dios mío?

¿Cómo puedes humillarme de un modo tan ruin? —oprimía su frente con las manos temblorosas—. ¿Qué sabes tú lo que es la sumisión, si te criaste entre algodones? ¿Quién te has creído que eres para hablarme a mí, precisamente a mí, de la tiranía, con esa oratoria barata de profesor de instituto? ¿Acaso te imaginas que soy una alumna de quince años que se embelesa con tus relatos truculentos de posguerra? Yo tenía esa edad cuando conseguí escapar del infierno que viví durante toda mi infancia, encerrada en aquella maldita casa de la que no podía salir salvo para ir al colegio o a la iglesia. Mientras mis amigas jugaban en la calle yo las escuchaba a través de la ventana de mi cuarto. Pero tenía que tragarme las lágrimas, porque si mi abuelo me oía llorar aparecía con la fusta y no paraba de azotarme hasta que se le acababan las fuerzas. En una ocasión, no tendría ni nueve años, me sorprendió hablando con aquellas niñas por el balcón. Vi cómo me hacía señas desde el fondo del pasillo para que fuese hasta él. Entré y cerré la puerta, pero estaba tan asustada, estaba tan aterrorizada, que no pude dar un paso más. Vino hasta mí, me agarró del pelo y me bajó poco menos que a rastras hasta el sótano. No tenía a mano el látigo, así que la emprendió a golpes. Me pegaba por todas partes, como si hubiese perdido la razón. Creí que me mataba. Conseguí ponerme de rodillas frente a él, abracé sus tobillos y le supliqué gimiendo que me perdonara, que no volvería a hacerlo. “Está bien”, dijo, “pero vas a quedarte aquí abajo hasta que yo te diga”. Me pasé ese día y otros seis más sin salir del sótano, sin poder lavarme, durmiendo sobre un colchón viejo que me bajó la criada y haciendo mis necesidades en un orinal. Menos mal que a partir del segundo día consintió que me llevaran la comida. Sentía tal pánico que no me atrevía a acercarme a las escaleras ni en plena madrugada.

EL NARRADOR HALLA EN UNA PALABRA DE CARMEN LA CLAVE PARA SU INVESTIGACIÓN

Iluminadas por la luna llena, las suaves olas que se formaban frente a la playa producían ligeros destellos que captaron mi atención. Me descalcé, descendí a la arena desde la última rampa y me acerqué con los zapatos en la mano hasta la orilla, después de dar un rodeo para no importunar a una pareja de chicas a las que vi muy amarteladas.

El rumor del oleaje se dejaba sentir como una caricia en los oídos. “Si me lanzo ahora mismo al agua”, me dije en un monólogo interior, “si nado mar adentro un buen rato y luego me sumerjo hasta el fondo, con la firme determinación de no volver a subir, enseguida habrá finalizado todo”. Pero acto seguido imaginé la desagradable sensación del agua salada inundando mis pulmones, la prolongada tardanza en perder el conocimiento para siempre, el terror ante la soledad más extrema, el asco por la tortura causada a quienes me habían traído allí y a quienes aguardaban mi regreso.

“Será mejor que lo deje para otra ocasión”, concluí en voz alta. Saqué el paquete de tabaco, encendí un cigarrillo y me senté en la arena fresca con la espalda apoyada en el tronco de una sombrilla de cañizo. Fijé la vista en el horizonte, allá donde el reflejo plateado de la superficie líquida se perdía bajo un cielo profundamente azul, un telón salpicado por débiles estrellas medio ocultas tras el fulgor lunar. Entonces comprendí que estaba haciendo lo que necesitaba desde no sabía cuándo: nada. No hacer nada. Estar allí sin fin alguno, dejar tan solo que el tiempo discurriese sin intervenir en lo más mínimo. Olvidarme incluso de quién era, de mi lugar en el mundo.

Me deleitaba sintiendo cómo me invadía una laxitud cuyo efecto ya no recordaba. La imaginación echó a volar y le di rienda suelta. No me pertenecía, no era parte de mí, sino un ente independiente e inefable, meros corpúsculos inconexos de imágenes, ruidos, escenas fugaces, formas vagas, sensaciones, deseos sin objeto, frases deslavazadas.

Aquellas frases fueron poco a poco a acumulándose, rebotando en una bóveda inmaterial, y sus ecos se entrelazaban dando lugar a un coro de voces discordantes. “¿Por qué no se quedan con nosotros al cóctel?” “Yo no he oído ni hablar de ese pueblo”. “Le cayeron quince años”. “¿Por qué te vas? Lo has hecho tres veces en menos de ocho horas”. “La puerta no está cerrada con llave”. “Fue una pasión espontánea, una relación secreta”. “¿Le pego el tiro entonces?” “Con cuatro años le detectaron un meduloblastoma”. “¿Has notado si te seguía alguien últimamente?” “Todo pasó en una tarde”. “¿Usted no tiene derecho, qué se ha creído!”. “Es alquilada. La utilizo para traer a mis conquistas”. “Cielo santo, ¿cuántos kilos has perdido?” “Vi cómo me hacía señas desde el fondo del pasillo”. “Este señor no se parece a mi hermano ni por asomo”. “¿Qué sabes tú lo que es la sumisión, si te criaste entre algodones?” “Y hablaban ya de ciento setenta muertos”. “El lenguaje de las estrellas nunca miente”.

El firmamento ante mis ojos: una profusión de astros expectantes, silenciosos. No, las estrellas no decían nada. Aquellas palabras brotaban desde lo más profundo del inconsciente, constituían reflejos fragmentarios de la realidad. De eso se trataba, de descubrir la verdad a base de recomponer el espejo roto en mil pedazos. La clave estaba justo ahí: “El lenguaje nunca miente”. El lenguaje, nada más que el lenguaje.

No creo que me engañe al afirmar que todo sucedió en menos de un segundo, como un vehículo que ves llegar y ya te está lanzando por los aires,

como el fogonazo del arma cuya bala te atraviesa al mismo tiempo el corazón. Aquel tipo era uruguayo, José Ángel lo supo nada más oírle decir “tú tenés una voz muy linda”. ¿Y qué me contestó Carmen junto a la estación de Francia, cuando bromeé con una hipotética boda? “No digas *pegos*, no me refería a eso”. Dijo “pegos”: esta palabra solo se la había oído a mi madre y a mis tíos, se trataba de un localismo. Supuse que provendría de Alicante, donde ellos nacieron. Pero también podía ser de Córdoba, la ciudad natal de mis abuelos maternos.

Fuese de uno u otro lugar, la suerte estaba echada. Aquel farsante que se instaló en Las Cumbres de San Calixto trató por todos los medios de sepultar su pasado. Sin embargo hubo algo que escapó a su control, un detalle aparentemente insignificante: una sola palabra camuflada entre miles de ellas, la aguja del pajar con la que acababa de pincharme.

EL NARRADOR SUFRE UN COMA ETÍLICO EN LA FERIA DE SEVILLA TRAS LA MUERTE DE SU TÍA

Lo sucedido en las horas siguientes permanece en su mayor parte oculto a mi memoria por una densa niebla. Sé que anduve dando vueltas sin rumbo por la calle del infierno, extasiado ante los gritos y las expresiones de terror de quienes no podían soportar los vaivenes, los violentos zarandeos, los giros repentinos o las caídas en picado en aquellas máquinas diabólicas concebidas por alguna mente enferma. El incremento de mi placer al observar aquellas víctimas deliberadas corría paralela a sus incontenibles ansias de alcanzar el fin de la tortura, y yo lo celebraba alzando la botella para brindarles mi próximo trago de vino. Luego volvía a repetir la misma ceremonia en la siguiente atracción, así una y otra vez hasta apurar la última gota con la lengua. Me viene también la imagen de una escena muy borrosa: trato de acceder a una caseta y el portero me lo impide; convengo a alguien, o alguien se ofrece, no sé, a conseguirme una botella a cambio de un billete de veinte euros. El contenido de la botella y la botella misma son incoloros, acaso vodka o ginebra o anís seco o vaya usted a saber. Bebemos y cantamos juntos, cogidos del hombro, bajo un cielo de farolillos blancos y rojos. Avanzamos dando tumbos. La gente se hace a un lado para dejarnos paso, pero a veces tropezamos con un cuerpo, un obstáculo en nuestro camino que puede reaccionar con agresividad. Claro que también puede tratarse de una mera suposición, no sé. Es lo último que recuerdo.

Al cabo de ese lapso de tiempo irrecuperable me vienen sensaciones distintas por completo. Estoy recostado en una cama reclinable. Aún no soy capaz de abrir los ojos; sin embargo oigo que repiten mi nombre, siento una

mano que me aprieta las mejillas y zarandea mi cabeza. Me duele como si estuviesen someténdome a una trepanación en vivo. Por fin logro despegar un párpado y un fogonazo de luz procedente de la ventana me ciega por un instante.

—¿Dónde estoy? —pregunto.

—En el Virgen del Rocío, en urgencias.

“¡No, otra vez en el hospital no!”, me digo a mí mismo.

—¿Qué me ha ocurrido?

—Ha sufrido un coma etílico. Pero puede estar tranquilo, se está recuperando bien.

—¿Y mi familia? ¿Han llamado a mi familia? —poco a poco iba abriendo ambos párpados y enfocando al médico que me atendía.

—No ha hecho falta, están en la sala de espera. Son ellos quienes se han pasado la noche llamando hasta que lo encontramos. Si no llega a ser así no habríamos podido localizarlos.

—¿Por qué?

—Le robaron la cartera antes de que lo recogiésemos. Sucede a veces —respondió apuntando hacia el perchero donde estaba colgado el bolso—. Alguno de los que lo socorrieron quiso cobrarse la molestia —y en este caso probablemente fue mi propio compañero de borrachera—. Aunque está de suerte: lleva un móvil demasiado antiguo y no les interesaba. Por cierto, se había quedado sin batería. Tiene que ser más previsor —me hizo un guiño nada oportuno.

—¿Qué hora es?

—Las ocho menos cuarto.

—¡Dios! El funeral de nuestra tía es a las diez.

—No va a llegar usted en las mejores condiciones, desde luego.

—¿Tan mal me encuentro?

—Eso me lo dirá usted a mí. En cualquier caso debería esperar un poco antes de marcharse. ¿Le apetece un café?

Respondí afirmativamente con un leve gesto de cabeza. Al levantarme sentí como si la densidad de mi cuerpo se hubiera multiplicado por diez, a pesar de lo cual hice un esfuerzo por desentumecer las piernas. El médico regresó poco después con el café y seguido de mis hermanos. En sus rostros se reflejaba el agotamiento causado por tantas horas de incertidumbre. Temí que me atosigaran con reproches; por el contrario se limitaron a mirarme fijamente, como si aún no creyeran que continuaba vivo. De repente mi hermana se dirigió al doctor.

—No vaya a pensar que esto le ocurre todos los días, que es la primera vez y ya sabe usted por qué.

El médico se echó a reír.

—No tiene que darme explicaciones, señora. Yo también he pasado por eso. —Y añadió con cierto retintín— Claro que entonces era más joven.

EL ANCIANO PACO EL CARNICERO LE HABLA AL NARRADOR DE DON BRUNO

—¿Cómo fue entonces aquel encuentro con don Bruno?

—Pues como te iba diciendo, había acabado la corrida y bajé a felicitar a los diestros, sobre todo a Camará, que me apreciaba una barbaridad y, dicho sea de paso, fue el que hizo la mejor faena. Estaba de palique con él y con los miembros de su cuadrilla cuando de repente aparecen las autoridades, que venían a darle las gracias a los participantes, y sin darme cuenta me veo rodeado por el alcalde Sarazá, el coronel Cascajo, el gobernador civil, Marín Alcázar, el tal don Bruno y unos cuantos gerifaltes de Falange muy bien uniformados. No sé decirte si aquello estaba preparado, pero el caso es que en un instante los toreros habían formado algo parecido a una fila para recibir las felicitaciones de los mandamases, y como no quería hacerme notar me mantuve entre Camará y Manolete pero un paso por detrás de ellos.

»Total, que van pasando uno tras otro los jefes y llega hasta nosotros don Bruno, sacando pecho igual que si fuese el mismísimo Franco, y mientras estrecha la mano de Camará, en lugar de mirarlo a la cara, fija en mí sus ojos azules, me señala con un gesto de la cabeza y dice: “Y este hombre, ¿quién es?” “Es Francisco Posadas, mi coronel, el carnicero que tiene la concesión de la carne de lidia de la plaza y buen amigo nuestro”, responde Manolete. “¿Carnicero?”, pregunta examinándome con desdén. Luego se hace un hueco entre los dos matadores y continua: “No estará usted enriqueciéndose con esa concesión”. “Ni mucho menos”, le contesto, “es verdad que se vende bien, pero tengo que pagarla a un precio bastante mayor que la de matadero”. “De acuerdo. Si no le importa, mándeme mañana unos buenos filetes de solomillo,

que tengo curiosidad por conocer la calidad de la carne de toro”. “Mañana por la mañana los tiene usted sin falta, mi coronel”, respondí cuadrándome casi instintivamente. Iba a proseguir con los saludos cuando de pronto volvió a clavarme la mirada al tiempo que murmuraba con una sonrisa burlona: “Y otra cosa: cuando empiece la cuaresma, ni se le ocurra levantar la persiana del negocio los viernes, que voy y le corto las manos con su propia hacha, ¿estamos?”

»Asentí agachando la cabeza. De haber tenido que contestarle no habría podido hacerlo, porque mi boca estaba seca como un estropajo. Sin embargo lo seguí de lejos con la vista. Fue él el primero en salir a la calle sin importarle el protocolo. El público se encogía aterrorizado al verlo llegar; vamos, que con tal de dejarle paso se habría incrustado contra la pared.

[...]

—No te digo que no. Sin embargo entre ellos hubo víctimas como *Granito de Oro*. Joder, esa fue una de las mayores atrocidades cometidas por don Bruno. ¿Sabes de qué te hablo? —Al adivinar la ignorancia en mi semblante continuó— No creas que conozco la historia por mis contactos con la gente del toreo, qué va; aquello era un secreto a voces. Espera a que beba un trago, que se me seca la boca.

»Bueno, te cuento. *Granito de Oro* era el sobrenombre taurino de Rafael Moreno Mena, un picador muy bien considerado que había trabajado, entre otras, en las cuadrillas de *Guerrita* y de *Machaquito*. El hombre invirtió sus ahorrillos en abrir una venta a la que le puso su apodo en la carretera del Brillante, la que conduce a Villaviciosa, una zona que por ocupar las faldas de la sierra se fue llenando de chalés durante el siglo pasado. Parece ser que don Bruno la frecuentaba antes de estallar la guerra, porque era pagador de la Guardia Civil y viajaba a menudo entre Córdoba y Ciudad Real. *Granito de Oro*

tenía una hija preciosa en edad de merecer, Angelita, que ayudaba al padre a llevar el negocio, y don Bruno se encaprichó con la muchacha.

—Pero ¿estaba casado don Bruno?

—Sí, por supuesto. Aunque la familia no residía en Córdoba. Si te soy sincero nunca llegué a enterarme de dónde vivía.

—De acuerdo. Siga, por favor —aquella petición era casi una exigencia.

—Pues nada, que don Bruno intentó ganarse el favor de Ángela a base de lisonjas y regalos, pero la muchacha, claro está, no estaba por la labor. Aunque él fuese un alto rango de la Benemérita, la realidad es que le superaba con mucho en edad, que estaba casado y, lo más importante, que ella tenía novio formal. Y él lo sabía, ¿eh?, que conste. Bueno, pues llega el alzamiento y don Bruno, después de los días que estuvo escondido en el hotel España y Francia, se presenta a las nuevas autoridades, y a fuerza de tejemanejes por aquí y por allá consigue quitarle la jefatura de Orden Público al comandante Zurdo, otro verdugo de su misma calaña.

—Esos datos sí los conocía.

—Bueno, pues lo dicho, que como don Bruno se sentía prepotente y no podía sacarse a la muchacha del sentido, no se le ocurrió otra cosa que ir y ofrecerle dinero a Rafael Moreno por acostarse con la hija. El padre, ya te lo puedes imaginar, se echó las manos a la cabeza. “Tú lo has querido; si no es por las buenas será por las malas”, le dijo. Así que metió en la cárcel al hombre y a continuación mandó llamar a la hija a su despacho. La joven, que iba acompañada de la madre, entró hecha un mar de lágrimas, se arrodilló, le suplicó, pero el otro le habló muy claro: “Mira, niña, esto es lo que hay, y es tontería que le des más vueltas: o te acuestas conmigo o mando fusilar a tu padre. Ahora vete con tu madre y consúltalo con ella, a ver qué te dice”. Y así fue como la consiguió.

—¿Lo soltó después?

—¿Soltarlo? ¡No digas *pegos*! ¿Cómo lo iba a soltar, cuando tenía a la hija bien amarrada? No, hijo, no. Aquello fue el comienzo de un amancebamiento que no tendría fin. Además, tú ni te puedes hacer una idea de cómo era don Bruno. Mira, don Bruno funcionaba igual que un capo siciliano, con su propia banda de falangistas que le comían el culo —y contaba con los dedos—: Velasco, *El Mascota*, *El Quico*, que era su chófer particular, *El Chato*, Antonio *El de la Pirra*, *El jorobado*... Esa gente se juntaba en un bar de Puerta Gallegos con *Ricardito*, un chivato que les suministraba las listas negras, y al caer la noche se ponían a hacer la ronda para detener a los que estaban apuntados..., y a alguno más si se encartaba. Bueno, pues con esas alimañas acostumbraba don Bruno a aparecer por la venta, de manera que mientras el jefe subía al piso de arriba a trajinarse a la joven y la madre se metía en la alacena para que no se escuchasen sus gemidos, ellos se divertían sirviéndose por su cuenta e intimidando a la clientela con sus pistolas. Y a la mañana siguiente, don Bruno abría una suscripción para San Rafael o para la Virgen de los Dolores, o sacaba un bando amenazando a los que soltaran tacos. ¿Cómo te explicas tú eso?

El anciano hizo aquí una pausa larga. Su mirada se clavaba en la mía con la misma intensidad con la que un náufrago se aferraría a una tabla en medio del océano; tal era la zozobra que le ocasionaba la evocación de aquel sórdido episodio. Mis pensamientos, sin embargo, se habían vuelto tan atropellados que ni siquiera atendían a la imagen horrenda, ineludible, de mi tía peleando contra la muerte sus últimas bocanas de aire. La necesidad de saber, de hallar el hilo conductor en mi obsesión, se imponía a la voluntad de preservar la licitud del duelo al que me debía.

—¿Qué fue entonces de Ángela Moreno cuando don Bruno tuvo que dejar la ciudad?

—Se la llevó con él —no pudo ser más escueto.

—¿Así, sin más?

—Pero, bueno, ¿tú qué crees, que había un libro de reclamaciones en el gobierno civil o qué? —aquella pregunta airada no admitía respuesta—. De él se supo que lo mandaron al norte, no sé si a las Vascongadas o a La Rioja. ¿Que si ella fue a parar al mismo sitio? Imagino que sí, no olvides que era su esclava. Sí, sí, su esclava, vamos a llamar las cosas por su nombre. A ver, si tu padre está en la cárcel y lo pueden ejecutar con una simple llamada de teléfono, ¿tú qué harías?

FRAGMENTO DE LA NARRACIÓN DE ELFRIEDE SOBRE SU ESPOSO

La compañía a la que pertenece Jacinto es destinada al campo de trabajo de Saint Pierre en Brest, una ciudad costera de la Bretaña donde los alemanes levantan una base para submarinos. A pesar de los frecuentes bombardeos de la aviación aliada, los operarios completan el armazón de la descomunal cubierta de cuatro metros de grosor. Lozano es testigo entonces de una escena terrible: un cabo de las SS ordena a un joven prisionero retirar la cuerda que ha quedado adherida al hormigón recién vertido. El joven se sirve de un gancho pero no lo consigue. El vigilante lo amenaza: o saca la cuerda o lo arroja a la mezcla. Entonces el chico se tiende en el suelo, le pide a Lozano que lo sujete por los tobillos e intenta alcanzarla reptando hasta quedar su torso casi en contacto con la superficie del cemento fresco. Finalmente se da por vencido y se incorpora. El alemán monta en cólera y empuja al muchacho hacia el hormigón, pero en su caída este lo agarra de un brazo y cae con él. Al tiempo que forcejean se van hundiendo más y más, llegando el momento en que ambos desaparecen engullidos por la masa viscosa.

La consternación que invade a Jacinto le hace reaccionar de un modo inesperado para él mismo: aprovechando el alboroto desciende sigiloso por el gigantesco andamiaje montado sobre el agua y se encamina hacia la salida de la obra, cruzándose a su paso con obreros y vigilantes que acuden al lugar. Hay uno apostado en la cancela de entrada, con la ametralladora al hombro y la correa de un pastor alemán en la mano izquierda. Jacinto sabe que le va a dar el alto, no tiene con qué enfrentarse al hombre ni al animal y aun así aprieta el paso mientras observa aterrorizado la reacción de ambos. Quedan pocos metros

y el perro comienza a emitir un gruñido inquietante. El soldado da un fuerte tirón para acallarlo y acto seguido fija la vista en un punto lejano, manteniéndola incluso cuando el fugitivo traspasa la cancela y deja atrás el edificio en construcción.

Jacinto se esconde entre las ruinas de un almacén bombardeado y aguarda allí hasta bien entrada la noche. Se adentra entonces por un arrabal. Han dado el toque de queda y las calles están desiertas. Oye aproximarse un coche, probablemente de una patrulla alemana, y sale corriendo a ocultarse en un callejón próximo, donde tropieza con un bidón. Conforme se va perdiendo el ruido del motor siente sobre su cabeza un silbido apagado. Lo primero que vislumbra al mirar hacia arriba es el cabello cano de una mujer que, asomada a una ventana oscura, le indica con el dedo que guarde silencio. Seguidamente percibe el tintineo de una llave al caer sobre el adoquinado.

Es de ese modo involuntario, sobrevenido, como Jacinto Lozano se integra en la red de la resistencia francesa. A la mañana siguiente, aseado y vestido con traje civil, toma en la estación de Brest un tren que le lleva hasta Burdeos. Estamos en el otoño de 1941, y el que fuera sargento republicano revive sus experiencias de sabotaje de cinco años atrás: coloca bombas en la línea ferroviaria, incendia trenes de mercancías, asalta cuarteles ocupados por tropas alemanas. La delación de un chivato de la policía francesa le lleva a ser detenido en las proximidades de Clermont-Ferrant con un vehículo cargado de explosivos. Condenado a veinte años de prisión, es enviado a la Central de Eysses, una antigua abadía de Aquitania donde el gobierno colaboracionista de Vichy concentra a los miembros más peligrosos de la resistencia. Es curiosa la habilidad con la que Francia reescribiría posteriormente la historia para figurar entre los aliados.

Dentro de aquella siniestra cárcel se fragua pronto una fuerte organización clandestina, el *Batallón de Eysses*, dirigido por el antiguo oficial de las Brigadas Internacionales Fernand Bernard. El 19 de febrero de 1944 se pone en marcha un espectacular motín. Los presos capturan al director y a algunos agentes y van apoderándose de sus uniformes. Las granadas lanzadas por los grupos especiales de la policía les son temerariamente devueltas sin estallar, mientras se intenta excavar un túnel bajo las murallas.

Al final llegan refuerzos de las SS que logran sofocar la rebelión, fusilan a algunos de los amotinados y reemplazan a los carceleros franceses en la vigilancia del penal. En mayo toman la determinación de trasladar a todos los reclusos políticos al campo de selección de Compiègne, al norte de París. Pero el 6 de junio se produce el desembarco aliado en Normandía, por lo que en las semanas posteriores son evacuados a campos de concentración en territorio alemán, principalmente en Dachau. No es este el caso de Lozano, que ingresa en el de Neuengamme, a veinte kilómetros de Hamburgo.

Neuengamme, que incluye un complejo de noventa y seis subcampos repartidos por el norte del país, aloja por entonces unos cincuenta mil prisioneros entre deportados de diversos países y alemanes de izquierdas, homosexuales, prostitutas, judíos, gitanos. En su mayoría trabajan como esclavos en fábricas de armamento o en la construcción, y a menudo sirven de cobayas para experimentos médicos. El tifus y otras epidemias causan alrededor de un centenar de muertes cada día. Si las penalidades sufridas por Jacinto han sido innumerables, su resistencia física llega aquí tan al límite que se arrepiente de haber escapado de Brest: desnutrido y debilitado por la fiebre, ataviado tan solo con el uniforme a rayas empapado por la nieve, vigilado sin descanso, desde el amanecer hasta el ocaso se esfuerza con un pico en arrancar lascas del duro suelo para la construcción del maldito canal Dove-Elbe.

No obstante aún le aguarda lo peor. En abril de 1945 las tropas británicas se aproximan a Hamburgo; mientras tanto las SS ordenan la evacuación del campo. Una parte de los reclusos son trasladados al de Bergen-Belse, aunque muchos son ejecutados por el camino. Pero la necesidad de borrar los restos de su barbarie empuja a la organización militar a idear un plan más ambicioso, de manera que en el plazo de una semana más de once mil prisioneros van llegando en vagones o a pie hasta el puerto de Lübeck, a setenta kilómetros, y desde allí son transportados a tres buques anclados en medio de la bahía: el gigantesco trasatlántico Cap Arcona y los cargueros Thielbek y Athen. El objetivo secreto es hundirlos lejos de la costa con torpedos submarinos.

Jacinto experimenta la pesadilla de aquel espectáculo dantesco, el de los camarotes, los salones y las cubiertas del lujoso crucero donde se hacina días y días una multitud famélica, sedienta y gravemente enferma, donde los muertos acaban amontonándose y el hedor se vuelve insoportable. La intervención de la Cruz Roja sueca permite rescatar hasta dos mil franceses. Lozano, que puede pasar perfectamente por uno de ellos, se une en cambio a quienes desconfían del traslado y optan por aguardar una operación de salvamento aliado.

La mañana del 3 de mayo los deportados creen llegado ese momento. Los tanques británicos irrumpen en la bahía. Nuestro hombre escucha el fragor de los cañonazos. Un avión de la Royal Air Force sobrevuela la zona mientras las baterías antiaéreas del Thielbek tratan de derribarlo. Los cautivos agitan sus brazos desde las cubiertas del Cap Arcona. A mediodía dos oficiales británicos contactan con la Cruz Roja y se les informa de la existencia de los buques prisión. Pero la operación ya está en marcha: dos horas más tarde los barcos son bombardeados y ametrallados por los Typhoons, y en menos de media hora perecen siete mil quinientas personas. Al día de hoy Gran Bretaña sigue sin reconocer la masacre, que ha sido sistemáticamente silenciada en las crónicas de

la contienda. Los restos humanos continuaron llegando a las orillas del Báltico hasta los años setenta.

Los reclusos del Athen fueron con diferencia los más afortunados, pues se salvaron todos. Del Thielbek solo hubo cincuenta supervivientes, y trescientos dieciséis del Cap Arcona. Envuelto en llamas, el trasatlántico va hundiéndose poco a poco en el mar. Los soldados alemanes han inutilizado todos los botes salvavidas excepto el que les sirve para huir. Jacinto Lozano, que ha sufrido serias quemaduras en el costado derecho, consume sus últimas fuerzas braceando agónicamente a fin de alejarse cuanto antes de este infierno. Se pregunta por qué los ingleses le han sido tan funestos: lo repelieron a tiros en Dunkerque, en Brest cayó una de sus bombas a pocos metros de donde trabajaba y ahora, después de haber estado a punto de perecer abrasado en el siniestro navío, los cazas de la RAF todavía sobrevuelan la bahía descargando sus ametralladoras contra los náufragos.

Tan grande es su extenuación que empieza a faltarle el aliento, y el efecto de las gélidas aguas va dejándose notar en unos músculos que responden cada vez peor a la acuciante necesidad de alcanzar una costa demasiado lejana. No le queda más remedio que detenerse. El frío le produce convulsiones que no logra controlar. A su alrededor percibe con dificultad un turbio vaivén de objetos flotantes; ni siquiera acierta a distinguir si son fragmentos de barco, cuerpos sin vida o náufragos agonizantes. La imagen de Ángela llorando a sus pies mientras él la increpa se vuelve vívida, pero casi en el mismo instante siente el líquido salado penetrando por sus fosas nasales. Sus ojos están rodeados de burbujas: acaba de desvanecerse. De un impulso vuelve a alcanzar la superficie. Sus pulmones se debaten entre bocanadas de aire y toses con las que expulsar el agua.

Un brazo lo aferra por el mentón antes de que otros tiren de él por las axilas. Luego viene ese golpe pesado de su espalda contra un suelo de madera. Desde Neustadt in Holstein, el pueblo marinerero más próximo al lugar de la tragedia, las barcas de pescadores han acudido a socorrer a los supervivientes. Una vez en tierra firme el personal de la Cruz Roja va evaluando las condiciones físicas de cada uno de ellos. Después de recibir los primeros auxilios, Jacinto es conducido a la mañana siguiente al hospital del Santo Espíritu de Lübeck.

—Supongo que lo que viene ahora se parecerá a esas películas en las que la enfermera se enamora del soldado herido —traté de adivinar.

—No exactamente —me corrigió Elfriede—. Yo estaba en la barca con mi padre y mis hermanos. Aquel hombre moribundo y casi helado me trajo de repente a la memoria la imagen de mi novio, al que habían abatido los rusos pocos meses atrás en el frente de Varsovia. Me eché a llorar, y seguí llorando mientras rescatábamos a otros náufragos. Hasta catorce conseguimos salvar; bueno, trece, porque una de las mujeres no llegó a tierra con vida. Cuando supe que Jacinto estaba ingresado en Lübeck fui a visitarlo. Creo que la primera vez lo hice por orgullo, para sentirme mejor con su gratitud, pero luego se fueron repitiendo las visitas y... —se sonrojó—. En fin.

SUCESOS EN MÁLAGA ENTRE FINALES DEL '45 Y PRINCIPIOS DEL '46

Esta situación tan favorable a Ibáñez se tuerce cuando en octubre del 45 Lamo de Espinosa es sustituido en el cargo por el notario Manuel García del Olmo, un hombre dogmático e intransigente que no oculta su antipatía hacia el corrupto coronel. Prueba de ello es que apenas una semana después la Brigada Político Social, dependiente de la Policía Armada, lleva a cabo una importante redada en el puerto que se salda con una veintena de detenidos, entre ellos varios guardias civiles de costa. El alijo, procedente de Tánger y compuesto por fardos de tabaco, sacos de café en grano, neumáticos de camión y medicamentos, tenía como destinatario al ingeniero de Obras Públicas José Fernández Castany, quien dirigía a cambio la construcción de un lujoso chalé en Torremolinos para don Bruno. Las repercusiones de la actuación resultan llamativas: mientras los números de la Benemérita son llevados a juicio y la policía se emplea a fondo contra el estraperlo callejero, el receptor de la mercancía no solo no es sancionado, sino que argumenta en su defensa que “todo está solucionado”. Aunque Ibáñez sale indemne del escándalo, en su fuero interno le queda el recelo de que la inmunidad de la que venía gozando se ve amenazada.

A Benito no le importa ya compartir con Enrique su visión escéptica de los tejemanejes paternos; se diría que la despreocupada actitud de joven de clase acomodada es en este caso más bien un modo de establecer distancias frente a la escandalosa ambición con la que debe convivir. El día de los Inocentes su amigo lo llama para invitarlo a un recital que Pepe Beltrán, *El niño de Vélez*, da en el café España, pero es la criada quien responde al otro lado de la línea: *el*

señorito, afirma, se siente indispuerto, y acto seguido cuelga sin ofrecer más explicaciones. Aunque a Enrique se le antoja sumamente extraño que Benito no quiera ponerse al teléfono, no está dispuesto a perderse la actuación de aquel digno heredero de Juan Breva, de manera que acude solo al café cantante. Allí se encuentra con un buen número de conocidos, entre ellos Fernando Temborry, hijo del delegado municipal de Cultura, que le invita a sentarse junto a él y sus amigos.

Como cabe esperar, la actuación del ídolo provincial no defrauda a nadie. El numeroso público le brinda un sostenido aplauso al final del primer pase. Pero a los pocos minutos de iniciarse el segundo tiene lugar un incidente tan repentino que al primo de Jacinto, que se halla en el extremo opuesto del café, casi no le da tiempo a ver por qué motivo se produce. Un tipo aparentemente borracho le propina a otro un puñetazo. El agredido se echa mano al bolsillo del pantalón, extrae una navaja automática y la agita abierta frente al rostro de su agresor. Entre tanto este último ha sacado de no se sabe dónde un revólver y dispara sin acertar, pues el navajero se escabulle en medio de la gente que escapa en estampida. El pistolero sigue no obstante descargando la munición, llegando a herir en el hombro al único espectador que se atreve a asomarse por encima de la barandilla de uno de los pequeños palcos ubicados al fondo de la sala. Pero aquel osado individuo empuña en su mano una pistola, y de un tiro certero abate a sangre fría al tirador antes de enfundar el arma con absoluta parsimonia.

Desde su improvisado escondite tras una mesa volcada, Enrique permanece atento a lo que sucede durante el barullo. En el plazo de un minuto la mayoría de los asistentes ha abandonado el local. Quedan unas cuantas víctimas de la espantada, quienes ayudadas por sus acompañantes se incorporan del suelo con magulladuras y lesiones de escasa consideración.

Queda el círculo de camareros y curiosos en torno al muerto, a quien nadie parece conocer toda vez que su adversario ha desaparecido entre la barahúnda. Y quedan los ocupantes del palco contra el que fueron a parar la balas perdidas. Con extrema precaución el joven herido y otros cinco cubren armados la sigilosa retirada, por la puerta trasera del café, de tres hombres maduros, altos y de aspecto distinguido. Los dos primeros en salir no responden a una fisonomía mediterránea: enjuto, algo encorvado y con abundante pelo cano el de más edad; medio calvo, entrado en carnes y de tez rubicunda el segundo, ambos comparten el tono gris de sus ojos. El último, por el contrario, es corpulento, lleva el cabello oscuro cuidadosamente recortado, lo mismo que el bigote, y las lentes de sus gafas imitan la redondez de su rostro.

Resulta incomprensible para Enrique que la emisora de Radio Nacional en Málaga no se haga eco del suceso. Sí lo menciona en cambio la edición dominical de Sur, si bien el diario malagueño se ciñe a dar una escueta nota de prensa que lo interpreta como una reyerta entre dos *malhechores* saldada con la herida mortal de uno de ellos. No hay la más mínima alusión a armas de fuego ni, por supuesto, a la participación del guardaespaldas de aquellos caballeros que nadie supo identificar.

Los dos últimos días del año encontramos al hijo de Sebastián Alba yendo y viniendo por los mentideros de la ciudad. La noticia del tiroteo en el café España está en boca de todo el mundo, aunque se comente con la cautela que acostumbra a mantener aquella sociedad amordazada. Nadie conoce la identidad de los que lo provocaron, pues al parecer eran forasteros, y en cuanto a las personas que ocupaban el palco, en lugar de obtener información es Enrique quien acaba relatando lo poco que había visto frente a unos interlocutores que se limitan a reflejar su perplejidad.

[...]

A Enrique Alba no le cabe la menor duda: Bruno Ibáñez estaba enterado de lo que iba a suceder en el café España la noche del 28 de diciembre, y por eso impidió que la vida de su hijo corriese peligro. No se justifica de otro modo la repentina *indisposición* de Benito aducida por la sirvienta, el hecho de que ni siquiera esta le concediese la oportunidad de hablar con él, cuando llevaba un par de años moviéndose con total libertad. Lo ocurrido durante la velada flamenca no era un simple altercado entre dos borrachos. Enrique estaba observándolo desde su escondrijo: aquellos tipos habían simulado de una manera burda un enfrentamiento espontáneo como pretexto para que el portador del revólver pudiese disparar contra el palco. No era una violenta pelea, sino un atentado. E Ibáñez lo conocía porque era él mismo quien lo preparó.

Tuvo que ser él. Él se encargó de prepararlo, y al quedar al descubierto tras el fracaso no encontró otra alternativa que fingir su propia muerte. De no ser así no se explicaría que hubiese ocurrido en tan breve espacio de tiempo, tan solo el tiempo necesario para buscarle un destino ignoto a ese hijo reservado que por desgracia sabía más de la cuenta; para ocultar en otro lugar a su esclavizada amante y a la hija que tenía con ella; para asegurarse el acomodo de aquel par de huérfanos que, según supo Enrique, habían sido acogidos inmediatamente, sin llegar a pisar la inclusa, en una desconocida familia madrileña; para mandar liquidar a los testigos de su actividad delictiva más comprometedora, los falsificadores de papel moneda. Para deshacerse, por último, de los números de la Benemérita que acatando sus órdenes tiraron a matar contra los furtivos impresores, pues fueron esos mismos agentes los que desaparecieron con el Alcaraván. En el Real Club Mediterráneo llegó a correr el rumor de que los despojos del guardacostas empujados por las olas hasta la playa eran demasiado pequeños para proceder de un naufragio; más bien

parecían restos de una voladura. Y don Bruno, no lo olvidemos, había colaborado estrechamente con los alemanes en el tráfico de explosivos.

Solo hubo un dato que Enrique jamás logró averiguar: quiénes eran los tres hombres que la noche de los Inocentes salieron protegidos por la puerta trasera del café España.

ENTREVISTA DE WILFRIED LOZANO CON RAMÓN IBÁÑEZ

“¿Qué clase de estupidez estoy cometiendo?”, se dice a sí mismo. Regresa al recibidor, y mientras alega ante la secretaria que volverá en otro momento porque aún ha de resolver un par de asuntos, oye abrirse una puerta al fondo del pasillo seguido del golpeteo de unos tacones.

—Creo que no va a ser preciso. Puede usted pasar ahora mismo —le contesta al tiempo que aparece una señora de mediana edad con un sobre portadocumentos asomando por el bolso.

El abogado lo recibe en el mismo umbral de la puerta. Es un anciano tripón, calvo y mofletudo, que conserva sin embargo la robustez de sus mejores años. La papada solemne, el trazo delgado y rígido de los labios, pero sobre todo la mirada penetrante de esos ojos azules, obligan a Wilfried Lozano a contener el estremecimiento que le provoca el contacto de su mano con la del jurista. El hijo de Jacinto había localizado en la biblioteca provincial de Málaga algunas fotos publicadas por el diario Sur en las que aparecía retratado don Bruno, y si bien se abstuvo de fotocopiarlas por razones de seguridad, conserva un recuerdo fidedigno de la fisonomía de aquel canalla. Ahora, por fin, tiene frente a sí a un individuo cuyo parentesco con el hombre que anda persiguiendo resulta irrefutable.

—Por favor, tome asiento —indica el abogado señalando un sillón de nogal labrado a juego con el rancio mobiliario del despacho—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Para serle sincero —comienza diciendo Wilfried después de tragar saliva— le diré que no he venido a solicitar sus servicios. Me llamo Wolfgang Meier, nací en Austria y me encuentro en España en viaje de placer..., porque

soy pintor y para mí pintar constituye el mayor de los placeres —el rostro de Ramón Ibáñez es expectante—. Mi padre, que en paz descanse, fue un alto oficial de las Waffen-SS. Guardaba una deuda impagable con otro oficial español que le ayudó a refugiarse en este país al término de la Segunda Guerra Mundial. Dado que este señor era natural de Zaragoza y que, según mis cálculos, debió de pasar a la reserva hace algunos años, se me ocurrió que tal vez habría vuelto a su ciudad natal, así que aprovechando mi breve estancia en ella me he puesto a hojear la guía telefónica por si daba con él y me concedía una visita. Aunque su nombre no está registrado, me he topado en cambio con los datos de usted, el único abonado de Telefónica que comparte sus mismos apellidos. “No hay duda, tiene que ser su hermano”, me he dicho. Y..., en fin, aquí estoy, deseoso de oír qué ha sido de él.

El viejo letrado emite un suspiro con el que pone fin a su rígido estatismo.

—¿Me permite una pregunta que nada tiene que ver con lo que acaba de contarme, joven?

—Por favor —contesta Wilfried haciendo un gesto oferente con las manos.

—Wie kommt es, dass sie so außerordentlich gut Spanisch sprechen?
—“¿Cómo se explica su extraordinario dominio del castellano?”, pregunta en alemán para cerciorarse de que no es español.

—Das ist ganz einfach: Bis zur Rückkehr meines Vaters in unser Heimatland, verbrachten wir, der Rest der Familie, den Sommer mit ihm in Torremolinos. Und glauben sie mir, wenn ich Ihnen sage, dass man mich nur selten zu Hause antraf. —“Es bien sencillo: hasta que mi padre pudo retornar a nuestro país, el resto de la familia pasábamos el verano con él en Torremolinos. Y créame si le digo que yo paraba bastante poco en casa”.

—Sin embargo su acento castellano no me resulta... —Permanece meditando unos segundos— En fin, supongo que la persona a la que usted se refiere es el coronel don Bruno Ibáñez, ¿verdad?

—¡Oh, sí! —exclama Wilfried entusiasmado—. Sabía que no me equivocaba cuando vine a visitarle.

—En efecto, me han hablado en alguna que otra ocasión de ese caballero, pero... —prosigue en un tono taimado—, lamento comunicarle que la coincidencia de nuestros apellidos es puramente casual; no existe ninguna relación entre él y yo. Bueno, sería mejor decir “existía”, porque según me contaron, y de eso hace muchísimo tiempo, había fallecido.

—¡Vaya! —exclama el visitante en una entonación igual de falsa que la de su interlocutor—. Cuánto lo siento. ¿Cuándo fue?, ¿qué le sucedió?

—Creo recordar que pereció en un accidente allá por los cuarenta. Lo extraño es que su difunto padre, viviendo aún en España, no se hubiera enterado.

—Tenga usted en cuenta que a las Canarias llegaban con cuentagotas las noticias de la península —argumenta Wilfried al verse acorralado.

—¿Las Canarias? ¿Pero no me ha dicho usted que su padre residía en Torremolinos?

—¿Eso le he dicho? Discúlpeme, tanto traslado de acá para allá me tiene trastornado. No, mi padre se estableció en Tenerife, concretamente en Santa Cruz de Tenerife. En fin, don Ramón, a las ocho me esperan unos amigos y, como le decía a su secretaria, no quisiera demorarme. Ha sido un placer.

El pintor se despide a toda prisa del abogado y sale al paseo con el corazón en la boca. Resulta obvio que el hermano de don Bruno desconfiaba de él al no querer reconocerse como tal, que ha intentado incluso atraparlo en el engaño.

CONVERSACIÓN DE VIEJOS COMUNISTAS EN EL ALMACÉN DE ALUMINIOS DE DIEGO GALLARDO

—Entonces —prosigue Emilio— estarás enterado de que murió en un naufragio.

—Anda, pues yo no sabía nada de eso —reconoce Diego.

—Claro, ¿qué vas a saber tú, si te pasabas todo el tiempo entre rejas?

Los tertulianos, incluso el propio aludido, estallan en una carcajada unánime. Solo Blas, el corcovado anciano cuya sordera lo ha relegado hasta ese instante a un segundo plano, esboza una sonrisa de compromiso antes de preguntar con la palma de la mano junto a la oreja.

—¿Qué ha dicho de un naufragio?

—Que el hijoputa de don Bruno se ahogó en un naufragio —repite Emilio aproximando el rostro a su oído.

—¿Y eso cuándo fue?

—En enero de mil novecientos cuarenta y seis —responde ahora el extranjero.

—Imposible —y enfatiza su objeción con un acentuado movimiento de cabeza—, don Bruno no pudo morir entonces puesto que un año después aún estaba vivo y coleando.

Wilfried trata de recibir con incredulidad aquel aserto, pero la realidad es que el corazón le late desbocado. La siguiente pregunta acude de forma involuntaria a su boca.

—¿Cómo está usted tan seguro?

—Verás, lo que te voy a contar sucedió allá por septiembre del cuarenta y siete, en octubre a lo sumo, en la taberna de Paco Acedo, ahí junto a la torre de la Malmuerta. ¿Sabes dónde te digo?

—Por supuesto. —El hijo del exiliado está a punto de mencionar que coincide con la fecha de su propio nacimiento; sin embargo opta por no interrumpir el hilo del relato.

—Lo recuerdo perfectamente porque en la misma conversación mi compadre Modesto y yo tuvimos una discusión trivial. Él no hacía más que lamentarse de la pérdida de Manolete, que había fallecido de una cornada mortal en Linares el veintiocho de agosto, aunque ya se comentaba entonces que fue por culpa del plasma en mal estado que le habían puesto durante la transfusión. Bien, el caso es que según él aquello había significado la mayor tragedia para Córdoba desde el final de la guerra, y en parte llevaba razón: tenías que haber visto cómo se echó la gente a la calle para seguir el cortejo fúnebre. Además, si había un lugar en el que la desgracia del torero estaba a la orden del día era en casa de Paco Acedo, de donde él había sido cliente habitual.

»Pero, claro, a mí me tenía un poco harto de soltarme cada noche la misma monserga, de manera que le dije: “Coño, Modesto, con la de gente que la ha palmado en Cádiz y nadie se acuerda de ellos; ya está bien”. Me refería, y eso lo saben estos amigos, al polvorín de la Armada que había explotado en Cádiz diez días antes de lo de Manolete, cuando quedaron arrasados dos o tres barrios y perdieron la vida ciento y pico vecinos.

—No, hombre, fueron muchísimos más —le corrige Manuel—. Lo que pasó es que la dictadura no estaba dispuesta a reconocerlo.

—Más a mi favor. Total, que en este debate andábamos cuando se presenta Jesús Moreno *El Curri*, un hermano de *Granito de Oro* que había intentado seguir

los pasos de Rafael sin éxito. Lo que se dice un tarambana, vamos. No tenía mujer ni hijos, y trabajaba en el matadero, a escasos metros de allí, aunque me pregunto en qué condiciones lo haría, porque aún no habían dado las nueve y ya venía achispado. En fin, que nada más vernos se sienta con nosotros, se pide un medio y empieza a relatarnos una historia que así, de sopetón, resultaba bastante chocante. Al parecer, la tarde anterior se había personado en su casa un tal Ignacio *nosequé*, nada menos que un conde. El tío le estuvo contando que el gobierno de Franco le había expropiado las tierras y la casa sin pagarle ni un céntimo, para dárselas luego a don Bruno.

—¿Y dónde las tenía, en la provincia? —le interpela el pintor con premura.

—¿En la qué? Ah, en la provincia. Qué va, hombre; en ese caso ya lo sabría toda Córdoba. No, era en un pueblo llamado Los Montes... Los Altos... Ya recuerdo, Las Cumbres de San Calixto. Lo de San Calixto sí me sonaba por el convento que las carmelitas tienen cerca de Hornachuelos. Ahora bien, ya no puedo precisarte si pertenece a León o a Castilla La Vieja, o quizás a Extremadura; no me hagas caso.

—Lo que no acabo de entender es qué quería el conde de ese amigo suyo.

—Espera a que termine. *El Curri* se encontraba muy excitado. Nos anunció que se marchaba a la mañana siguiente con él, y que iba dispuesto a darle su merecido a Bruno Ibáñez por todo lo que le había hecho a su hermano y a su sobrina. “Ahora es un don nadie, no tiene escolta como antes. Por si fuera poco vive en plena sierra, y el señor conde se compromete a facilitarme la retirada. Además, otra cosa no, pero esto”, dijo sacándose una navaja así de larga del pantalón —separa las manos más de un palmo—, “esto lo manejo yo con soltura”.

»Claro, a mí no me cuadraba que el fulano aquel hubiese venido a buscar expresamente al hermano del picador; pero pocos días más tarde llega mi

compadre, que conocía a todo cristo, y me dice: “Oye, Blas, ¿sabes que el conde de Casa Tomares, ese con el que se ha ido *El Curri*, ha estado un mes dando vueltas por Córdoba intentando reclutar sicarios?” O sea, que al tipo lo llevaron los demonios cuando vio que don Bruno tomaba posesión de sus bienes confiscados, y no se le ocurrió otra cosa que hurgar en su historial hasta enterarse de la que había liado en Córdoba. “Seguro que allí no va a faltar quien quiera ajustarle las cuentas al cabrón este”, debió de pensar. Y de tanto lanzar la caña, al final logró pescar al infeliz de Jesús Moreno.

—El panadero de la calle Almonas —interviene Wilfried— me dijo que no se supo más de él. ¿Es cierto?

—Pues sí que te ha cundido para el tiempo que llevas aquí, chaval —comenta Florencio.

—Mismamente —asevera Blas—, lo mismo que si se lo hubiera tragado la tierra. De hecho poco después entró el hijo de mi vecina a ocupar su puesto en el matadero.

FRAGMENTO DE LA ENTREVISTA DE JESÚS QUINTERO A MAGDALENA EN TELEVISIÓN

—Según lo cuenta usted, Magdalena, su marido no tuvo ninguna relación con aquello.

—Ninguna, don Jesús, absolutamente ninguna.

—Sin embargo da por cierta la versión del trabajador —alega Quintero con su característica parsimonia—. ¿Qué le induce a pensar que no mentía?

—Verá, quizá esté feo que lo diga, pero... Bueno, el campesino lo reveló en un lugar donde la gente no acostumbra a soltar embustes. Me refiero, ya lo habrá supuesto, al confesionario.

—Ajá. ¿Entonces...? —el locutor gira la cabeza y lanza una mirada sesgada, dándole a entender que todavía le debe una aclaración.

—Fue su padre quien dispuso punto por punto lo que se le contaría a la Benemérita y al juez. De entrada se encerró con el sirviente en el despacho, y conforme este empezó a referirle lo que había pillado de la entrevista en la casucha comprendió que el pintor era nada menos que el hijo del antiguo novio de la mujer, al que él mismo había expulsado de la ciudad después de que sus esbirros le propinaran una paliza monumental. Por lo visto formaba parte de esos republicanos que acabaron en los campos de concentración alemanes, aunque él tuvo suerte y consiguió sobrevivir. En fin, la cuestión es que el chaval pretendía convencer a la mujer para que denunciase a su verdugo aprovechando el cambio político que se veía venir. Porque, a todo esto, el coronel no quería ni siquiera que su esclava se enterase de que Franco había muerto.

—O sea, que ella no sabía...

—No, saberlo lo sabía: mi esposo la visitaba todos los sábados para darle la comunión y se lo había contado. Esas visitas fueron su perdición: dado que a él le tocaba aquella tarde, y puesto que el canalla de su padre no se fiaba del empleado, tan pronto como lo dejó marchar llamó a la parroquia y le exigió a su hijo oculto que acudiera de inmediato. Tras ponerlo al corriente de lo ocurrido le dijo sin más rodeos: “Mira, si le dejas que declare, en diez minutos este imbécil canta hasta *La Traviata* y me busca la ruina; así que ahora mismo te presentas en el cuartelillo y dices que has sido tú. Atendiendo a tu condición de sacerdote, y considerando que es un caso de legítima defensa, no creo ni que te envíen a juicio”.

»A mi marido se le cayó el cielo encima. Los reparos que trató de poner a la desesperada tropezaron, como pasaba siempre, contra un muro de desprecio. “Es mi última palabra. Anda, dile a alguno de tus hermanos que te lleve en coche. Pero que te acerque antes al Retamar; por lo menos verás en qué estado se encuentra aquello”.

—¿No le parece a usted que su hombre pecaba en exceso de cobardía?

—Tenía el presentimiento de que lo iba a decir. Escuche, don Jesús: mi suegro le había partido la cara a su hijo en unas cuantas ocasiones; la primera fue con cuatro o cinco años; la última con veinte, al regresar del entierro de su madre. Mi marido, en un arrebato de rabia, se atrevió entonces a insinuar sus sospechas sobre el inesperado fallecimiento. El coronel le rompió varios dientes estrellándole repetidamente la culata de su pistola contra la boca. Luego, agarrándolo por el cuello, lo hizo hincarse de rodillas, retiró el seguro del arma y le encañonó la frente: “Te juro por la Virgen santísima que si intentas joderme te vuelo los sesos. Y vete aprendiendo la lección, porque sabes que soy capaz de ir a buscarte hasta en el infierno”. Ahora póngase por un instante en su lugar y dígame si usted habría sido más valiente.

La invitada clava la vista en la de su interlocutor. Este enmudece unos segundos, al cabo de los cuales prosigue en un matiz conciliador:

—No le falta razón, cualquiera le niega un favor a un tipo con esos modales... Bien, retomando el hilo de la historia: supongo que el falso homicida se entregaría a continuación a la Guardia Civil.